

las modernas riquezas. No tienen los mayores príncipes del mundo habitaciones comparables á las habitaciones de estas familias romanas, enriquecidas por las larguezas de cardenales y de Papas. El mismo Pio IV, ya que no pudo elevar un trono para su sobrino Cárlos Borromeo, le alzó colosal y desmedida fortuna. En la iglesia mayor de Milan, bajo el crucero, en capilla honda y casi subterránea, se halla el áureo panteon del tal sobrino de Pio IV, canonizado por la Iglesia católica y expuesto allí al culto de los fieles. Puede, pues, decirse, cuando el sacristan de la capilla os muestra las riquezas innumerables de aquel sagrado sitio; el oro, la plata, la pedrería, que superior al rey Midas de la fábula, Cárlos Borromeo trueca, hasta muerto y enterrado, en metales preciosos todos cuantos objetos toca él, tan poderoso y enriquecido en vida, con su frio é inerte cadáver ya momificado. Noventa y dos mil escudos de ingresos por año contaba el pobre penitente, con los cuales no tenia que hacer muchos esfuerzos para ganar el cielo. Y lo ganó en efecto, pues hizo muchas obras de caridad, las cuales valiéronle con justicia en esta vida el título de padre de los pobres y en la otra vida de santo del calendario y del cielo.

Seamos justos y confesemos que la presencia de tan rico príncipe y cardenal en la curia de su tío, purificó mucho las administraciones eclesiásticas y sirvió al buen concierto de todos los asuntos. Cárlos Borromeo se vedó á sí mismo toda licencia y toda merced arbitraria. Los empleos dábanse al mérito y no al favor. Las audiencias continuas servíanle para informarse de los negocios con escrupulosidad y resolverlos con acierto. Fuera de las reuniones de sabios no se le conocia ninguna distraccion. La rectitud de sus ideas solo podia compararse con la pureza de sus costumbres y la pureza de sus costumbres con la pureza de su ortodoxia. Él obligó á la mayor parte de los obispos á la residencia en sus diócesis; él serenó las enemistades con los príncipes cristianos; él contribuyó á la reunion última del concilio de Trento con ánimo de reformar la Iglesia y de rehacer el catolicismo.

Hallábase por el mes de enero de 1562 tal número de obispos y diputados y embajadores, por la diligencia de Pio IV reunidos en Trento, que podia celebrarse y concluirse aquel temido y disputado concilio. Esta postrer legislatura de la célebre asamblea no podia ciertamente alcanzar la importancia

de las legislaturas anteriores. Cuando Cárlos V trataba de reconciliar el Pontificado con Alemania, cuando escribia el Interin como síntesis entre la religion católica y la religion protestante, cuando influia sobre Melancton y los suyos hasta obligarles á escribir una confesion de Ausburgo muy parecida en el fondo á la secular y tradicional ortodoxia, cuando en Venecia y hasta en Roma misma los hombres mayores del Renacimiento pugnaban por una concordia entre la tradicional Iglesia de los Papas y la reciente Iglesia de los revolucionarios y luteranos, el concilio de Trento alcanzaba una desmedida importancia porque todo el mundo le creia destinado por la presencia de tantos doctores, por el roce de tantas ideas, á traer una reconciliacion universal y á redactar un nuevo símbolo de la fe que pudiese cantarse á una bajo las bóvedas de las iglesias cristianas sin excepcion, como aquel símbolo de Nicea que selló el testamento de la historia antigua y exhaló de sus labios el espíritu y la idea de la moderna historia.

No se confirmaron tamañas esperanzas. No fueron los protestantes al concilio. No trataron los católicos de la reconciliacion. Trento solo acertó á consagrar la division irremediable ya entre católicos y protestantes y á condenar la esencia y la sustancia del nuevo credo herético. Al abrirse las sesiones, pues, no podia ni en imaginacion esperarse que acudieran los condenados á donde se congregaban los verdugos.

El Emperador ya no era Cárlos de España, era su hermano don Fernando. Y como, al separarse Austria y España, los Estados italianos se habian adherido á nuestra corona, Fernando no podia tener autoridad alguna, ni siquiera influencia, en la semi-española Italia. Pero los austriacos, por el carácter de sacro Emperador romano que tenia su jefe, y los españoles, por la inmensidad de nuestros dominios y el poder de nuestra monarquía, sumaban los dos factores mas importantes del ecuménico y sacratísimo concilio. Y estos dos factores mostrábanse á la sazón bien poco afectos al excesivo poder de la romana curia. El clero español, ensoberbecido naturalmente con la inmensa majestad y grandeza de su patria, tendia con tendencia incontrastable á formar una especie de república ortodoxa, muy ortodoxa, pero independiente sin daño de los dogmas, muy independiente de los cardenales y del Papa. El Emperador Fernando, á su vez, constreñido por la naturaleza

de su confusa monarquía y por la grande aglomeracion de razas bajo su cetro á tratar con protestantes de todos matices, proponia un arreglo rayano en la indisciplina y en la heterodoxia. Sus proposiciones oían á rebelion. Sus legados hablaban de aquel vitando concilio de Constanza, tenido en el concepto de los Pontífices por una convencion revolucionaria, usurpadora de la autoridad pontificia y tendente á convertir la Iglesia católica en una verdadera democracia.

Las piadosas orejas de los conciliares romanos ¡ah! no podian oir sin escándalo que los embajadores del Emperador hablasen á roso y velloso, sin escrúpulo, de humillar al Papa, como se humilló Jesucristo; de purificar su corte, hasta convertirla en el primitivo apostolado evangélico; de reducir su territorio al mínimum posible; de alterar el nombramiento de los cardenales y la reglamentacion del conclave; ideas todas vertidas ya en los conciliábulo protestantes y divulgadas en el lenguaje vulgar de los herejes. Pero su escándalo no tuvo límites cuando escucharon de los labios, que mas autoridad tenian para expresar el pensamiento íntimo y propio de la imperial majestad, cómo esta queria, no solo dispensa de ayunos, revision de breviarios, reformas de catecismos, traduccion de los cantos eclesiásticos á los idiomas particulares, empleo de las riquezas del clero en obras puramente pias, sino tambien la comunión bajo las dos especies y el matrimonio de los clérigos, todo lo cual equivalia en su sentir á coronar como Pontífice del mundo cristiano á Lutero y á convertir la ortodoxia tradicional en verdadero protestantismo. El asombro causado por las proposiciones imperiales en el concilio, puede aun descubrirse con solo recordar que Palavicini, su historiador pontificio y ortodoxo, ni siquiera las menciona, y que se necesita recurrir al irreverente historiador Fra Paolo Sarpi, enemigo del concilio, para conocerlas y no en toda su integridad.

No estaba solo el Emperador en sus pretensiones. Auxiliábanle, y mucho, los franceses. El cardenal Lorena llegó á Trento con ánimo de imponer grandes reformas á la Iglesia. Franceses y austriacos hallábanse á una en situacion análoga. Colocados aquellos á la espalda del protestantismo aleman experimentaban diariamente su fuerza y su pujanza; necesitados estos de una comunicacion diaria con suizos, flamencos, é ingleses, median toda la inten-

sidad de la nueva fe y contaban toda la suma de sus numerosos adeptos en el centro de la Europa cristiana. Lorena pedia tambien la comunión bajo las dos especies ó sea el cáliz para los laicos, aquella pretension antigua de Bohemia, que habia costado en Alemania tanta sangre; pedia la traduccion al francés de los cantos eclesiásticos y de toda la romana liturgia; pedia la administracion de los sacramentos en las lenguas vulgares mas conocidas de los respectivos fieles; pedia muchas de las prácticas propuestas por aquel otro gran concilio semejante al citado en las pretensiones austriacas, el concilio de Basilea, cuyo espíritu, recogido á tiempo y sazón por los Pontífices, mejorara la Iglesia católica en sus fundamentos é impidiera la revolucion religiosa con todas sus consecuencias. Pero los obispos españoles, tan resueltos á la reforma en lo tocante al organismo externo y material de la Iglesia, estaban resueltos á la conservacion pura en lo tocante al dogma y sus doctrinas. Ignoraban los españoles cómo las ideas se desarrollan por su propia virtud en serie natural y la reforma del organismo eclesiástico exige la indispensable alteracion del dogma. Todo cuerpo es la organizacion de un espíritu en la humanidad y lo mismo sucede ¡oh! exactamente lo mismo en las sociedades humanas. Para fundar una Iglesia de organismo republicano se necesitaba un espíritu de verdadera sustancia democrática. Acertaban los austriacos y franceses en sus pretensiones y padecian gravísimo error nuestros obispos en sus resistencias.

El estado íntimo del concilio respondia por completo al estado externo de la sociedad. Los protestantes quedaban fuera para siempre de la Iglesia y el Papa se convertia en jefe de las naciones latinas y de sus nuevas colonias. Pero estas naciones, aun adscritas al dogma católico y á su interpretacion mas exagerada, querian dentro de la sumision dogmática la independencia disciplinaria. Sentíanse corrientes nacionales opuestas á la pujante absorcion romana en cada uno de los cleros, muy católicos en lo tocante á la doctrina, muy patriotas en lo tocante al gobierno de su particular Iglesia. Véase, á mediados del siglo décimosexto, uno de los movimientos indeliberados é instintivos que se observaran en el siglo tercero antes de la venida de los bárbaros dentro del antiguo imperio romano. La sociedad clásica y tradicional, amenazada de irrupciones horribles á la sazón, iba sintiendo dentro de

sí esas inevitables descomposiciones de los organismos fundamentales que preceden naturalmente á la muerte. Como el principio de variedad, representado por la gente germánica, iba desde luego á sobreponerse al principio de unidad representado por Roma, el mundo romano sentia dentro de sí los desfallecimientos predecesores de la triste atonía y de la irremediable muerte. Algo semejante á esto sucedia en el tridentino concilio.

Los pueblos mas resueltos por la idea católica sentian aspiraciones nacionales, aun dentro del catolicismo. Austria, que sin el Papa no contrastara la pujante Alemania del Norte, no rigiera en Bohemia y Hungría, no dominara sobre los restos de los Electores imperiales y de los obispos feudatarios adheridos á la vieja fe; España, que sin el Papa no sostuviera tantos reinos diversos reunidos en su naciente unidad y no bautizara tantas colonias como al pié de su trono lanzaban á cada instante los mares; la Francia misma de los Valois, medio italiana en aquella sazón, no ahogara la herejía de Navarra sin el auxilio de Roma; todas estas grandes potencias católicas de necesidad, tendian á constituirse por fuerza en nacionalidades religiosas autónomas. Imagínese cuál seria, en vista de tan grave síntoma, el terror y asombro de los Papas. Ya Paulo III, temeroso de que pudiera ejercer el Emperador Carlos V un excesivo influjo en los padres conciliares, habíalos trasladado á Bolonia, so pretexto de pestes reinantes en los Alpes y de inquietudes consiguientes al estado de guerra en Alemania y al continuo trasiego de tropas y aun ejércitos por aquellas montañas fronterizas á tan grandes y encontradas regiones á la continua en guerra. El Emperador Carlos V habia visto en esta determinacion una ofensa grave á su persona por parte de Paulo III; y Pio IV, convocante del postrer período conciliar, como resuelto á una política de inteligencia con los soberanos católicos, no podia, no, disgustar á un Emperador aleman, siquier se llamase Fernando I en vez de llamarse Carlos V.

Por consiguiente habia reunido el concilio en los dominios imperiales y habia encargado á Morone, su presidente, que se congraciase cuanto pudiese con el soberano de Austria, sin detrimento del dogma y del clero. No debe olvidar quien estas líneas leyere como el cardenal Morone representaba la tendencia jesuítica dentro del cardenalato, á la cual se habia opuesto Paulo IV

con su natural pujanza, y en la cual habia caido de nuevo Pio IV con su natural debilidad. Pero el jesuitismo representaba, ya en este tiempo, y personificaba con superiores títulos y timbres la doctrina ultramontana en toda su integridad. Por consiguiente habia de tener un grande influjo sobre la persona del Papa, sobre la persona del presidente y sobre las resoluciones conciliares; y por tal influjo habia de poner patente y claro todo el daño contenido para la unidad eclesiástica en las asambleas deliberantes y toda la urgencia de acelerar su reunion última, tan peligrosa para la sumision del espíritu y para la supremacía del Pontificado. Así los jesuitas aconsejaron, desde la primera sesion, que se parapetase el Papa tras su formidable autoridad y se combatiera en los obispos de cada nacion la respectiva tendencia nacional.

No habia menester de tales consejos el Papa, inclinado de suyo al absolutismo personal bajo apariencias mucho mas modestas que los ímpetus feroces y los esfuerzos continuos del terrible Paulo IV. El cuerpo de la Iglesia estaba en Trento y su cabeza en Roma. Esta se habia reservado el derecho de los derechos en todas las asambleas deliberantes, el derecho de proposicion, es decir, la facultad omnímota y exclusiva de moverlo cuando bien le pareciese. Los legados pontificios mandaban, pues, allí á su arbitrio y no decian cosa y no tomaban resolucion que no consultaran directamente con el Papa. De aquí su dependencia del correo diario romano y de aquí tambien el dicho célebre de que llegaba todos los dias el Espíritu Santo á la ciudad y á la Asamblea metido en una balija. Si las naciones hubieran votado por cabezas, los respectivos cleros de Francia, España y Austria constituyeran sus respectivas Iglesias nacionales frente á frente de la poderosa Roma. Mas los legados romanos nunca reconocieron el voto por naciones y siempre recabaron el voto por individuos. Y si votando las naciones hubiera de seguro resultado el predominio de las tendencias nacionales, votando los individuos resultó el predominio de las tendencias romanas, porque los prelados de Italia reunidos sumaban mayor número de votos que los prelados de las demás naciones juntas, y sumando mayor número de votos, habian de lograr por fuerza el triunfo de su ultramontanismo natural.

No sucedia esto sin gravísimas dificultades y sin ardientes protestas. Los